

las formas en que habia sido condenado, y le dió una nueva forma, dirigiéndose al Espíritu Santo, y afirmando que el Espíritu Santo no procede *del Padre y del Hijo*, sino del Padre *por el Hijo*, lo cual es negar la divinidad de Jesucristo; porque decir que el Espíritu Santo no procede igualmente del Padre y del Hijo, es decir que este Hijo es inferior al Padre, y que, por consiguiente, no es Dios. Pero esta nueva máscara con que Focio se vió obligado á encubrir el arrianismo, y bajo la que es muy difícil al pueblo reconocerlo, nos prueba que no era ya posible resucitarlo entre los griegos bajo las antiguas formas, y que bajo estas formas estaba muerto, y bien muerto, para siempre. Es verdad que, bajo esta última forma, que le fué dada por una astucia sacrilega, subsiste todavía, al ménos en una parte del clero griego, porque el pueblo nada entiende en esta cuestion; pero habiendo el cisma degradado á la mujer (ésta es, como hemos visto, una de sus consecuencias inevitables), y puesto fin al catálogo de las santas, no hubo ya sobre el trono, mientras permaneció en pié, Pulquerias, Irene ni Teodosias; no hubo ya aquellas santas y sublimes mujeres que, de acuerdo con los Soberanos Pontífices, hubiesen podido combatir el error y restablecer la unidad. El papa San Nicolas dijo que los emperadores y los patriarcas perdieron la gran Iglesia de Oriente. Nada es más cierto; pero nada es más cierto también que el Catolicismo, que, combatido por tantas herejías y por el espíritu griego, debió haberse perdido allí muchas veces, mientras subsistió fué sostenido por los Soberanos Pontífices, que reprimieron la ambicion insolente y las falsas doctrinas de los patriarcas, y por las santas mujeres, que apoyaron por todos los medios posibles la accion de los Soberanos Pontífices y neutralizaron la oposicion de los emperadores. Pero, una vez consumado el cisma, y habiendo hecho imposible por una parte la accion pontifical sobre aquella Iglesia separada, y habiendo impedido por la otra que pudiesen aparecer allí otras princesas santas (porque la santidad es imposible en el cisma), no hubo medio alguno para hacerlo cesar. Así, pues, aún los males mismos que la ausencia de santas mujeres acumuló sobre aquella desventurada Iglesia, son una prueba de la importancia de la mujer católica para la destruccion de los errores y el sostenimiento de la verdadera religion.

## CUARTA ÉPOCA.

LA EDAD MEDIA.

LAS SANTAS REINAS, Ó LA MUJER CATÓLICA SOBRE EL TRONO, CONVIRTIENDO Á LOS REYES BÁRBAROS, Y FUNDANDO LAS MONARQUÍAS Y LAS NACIONALIDADES CRISTIANAS.

§ XXXIII. — La Edad Media, presentando el espectáculo de la formacion de las monarquias y de las nacionalidades cristianas por la accion de la Iglesia, sostenida por el celo de las mujeres. — Por qué se comienza por las reinas de Francia al presentar los retratos de las santas reinas que en esta época ocuparon los tronos de Europa. — Santa Clotilde, mártir de la verdadera fe ántes de ser su apóstol. — Su matrimonio con Clodoveo. — Cómo lo convirtió ella al Cristianismo. — La batalla de Tolbiac. — San Remigio llamado á la córte por la santa reina, y convirtiendo á los francos.

Hemos recorrido las tres primeras épocas del Cristianismo: 1.º, la época en que fué plantado en el mundo por la predicacion de Jesucristo y de los apóstoles; 2.º, la época en que nació y creció, regado con la sangre de los mártires, y 3.º, la época en que se desarrolló, con respecto á sus dogmas y á su moral, por la ciencia y los escritos de los santos padres, y triunfó de los herejes por el celo y la autoridad de los Soberanos Pontífices; y hemos visto cuánto ha contribuido la mujer católica á estos grandes y preciosos resultados, con el prodigio de su fe, de su valor y de su celo, y con la práctica heroica de todas las virtudes y de toda la perfeccion del Evangelio. Ahora debemos volver un poco atras, subiendo hasta el quinto siglo, al tiempo de las grandes invasiones de los bárbaros, que dieron principio á la *Edad Media*, á fin de ver al Cristianismo trabajando sobre aquellas masas de hombres salvajes, penetrándolos de su espíritu, formando los gobiernos, las nacionalidades y las costumbres públicas en armonia con el Evangelio, y consiguiendo este resultado por la influencia y la cooperacion de la mujer.

Hablando de la monarquía francesa el Conde de Maistre dice que fué obra de los obispos, que la formaron como las abejas for-



man su panal. Nada es más cierto, históricamente hablando; pero no es esto toda la verdad. Faltaba añadir que «á todas las monarquías cristianas sucedió lo mismo que á la monarquía francesa»; porque todas ellas, más ó ménos, son obra de los obispos, es decir, de la Iglesia; y se debia añadir también que «en esta obra inmensa los obispos y la Iglesia fueron ayudados eficazmente por las mujeres.» Este es el bello y magnífico espectáculo que nos presenta la *Edad Media*. Indudablemente fué la Iglesia quien, con la accion de sus Pontífices, con la ciencia de sus doctores, con el ministerio de su clero y con el celo de sus órdenes religiosas, trasformó en esta época en cristianos los pueblos bárbaros que habian caido sobre la Europa, y que se establecieron sobre las ruinas del Imperio romano. La Iglesia fué ciertamente quien obró el prodigio, desconocido de los siglos anteriores, de las monarquías, de los estados y de los pueblos cristianos; mas esta accion, esta ciencia, este ministerio, este celo, tuvieron tan feliz resultado porque la mujer católica, penetrada del espíritu y de las intenciones de la Iglesia, vino en su ayuda, poniendo á su disposicion todo su ascendiente, su accion, sus santas industrias, sus procederes delicados, su celo y su adhesion.

En primer lugar, jamas, en ninguna época, se ha visto á un mismo tiempo sobre los tronos un número tan grande de princesas santas; y por medio de ellas ejerció la Iglesia su accion sobre principes que no lo eran ó que estaban muy léjos de serlo.

Comencemos por Francia, el primer país del mundo donde el Cristianismo fué adoptado como institucion pública y como base de la constitucion política del Estado, y donde se formó esa poderosa monarquía y esa gran nación cristiana, que ha servido de modelo y de apoyo á todas las monarquías y á todas las naciones cristianas de Europa. En la época de que tratamos, la Francia vió sucesivamente en el trono á cuatro grandes reinas santas, cuya piedad y cuya sabiduría, trabajando bajo la inspiracion y la direccion de la Iglesia, cristianizaron el poder y los pueblos, y suministraron los más preciosos elementos de la fuerza, de la gloria y de la felicidad del Estado.

La primera de estas grandes reinas fué Santa Clotilde, la figura más grande de su tiempo, y el personaje más admirable, á quien más debe la Francia, la Europa y la Iglesia; porque ella fué quien,

de acuerdo con San Remigio, el obispo más grande de la Gaula, convirtiendo á su bárbaro esposo al Cristianismo, se hizo la verdadera fundadora de la monarquía y de la nacionalidad cristiana de aquel grande y poderoso Imperio.

Hácia el año de 480, una de las hordas formidables de bárbaros que en aquella época recorrian la Europa y ejecutaban en ella la mision, que les habia dado la cólera celeste, de destruir los restos impuros del Imperio romano, saliendo de los bosques de los Ardenes, se arrojó sobre la provincia *Remosa*. Ésta era una horda de francos, tan fuerte por su número como poderosa por su valor, mandada por un jóven de veinte años llamado Clodoveo; y sin que nadie se le resistiese, presentarse en la Gaula romana y conquistarla fué para ella cuasi una misma cosa. Tal vez los pueblos presentirian desde entónces que aquel jefe de bárbaros no se parecia á los otros, y que venía á ellos para fundar más bien que para destruir, y por esta razon se entregarían á él cuasi sin combate. Los galos que Clodoveo acababa de someter eran cuasi todos cristianos, y él no lo era. Por consiguiente, le faltaba una cosa para inspirar una confianza completa á los vencidos y para asegurar su nueva conquista, y era la profesion del Cristianismo. Él no pensaba en ello, y sus francos, adheridos hasta el fanatismo al culto de sus antepasados, pensaban todavía ménos que él. Mas la Providencia, que habia formado el grande y magnífico designio de hácer que saliese de esta conquista el primer reino cristiano y la primera nación misionera del Cristianismo, concedió á Clodoveo y á los suyos la sublime gracia de la fe cuando ellos ménos lo pensaban, y se sirvió de una mujer para cumplir este gran acontecimiento, que debia mudar la faz de la más bella parte del mundo. Esta fué Santa Clotilde, hija de Childerico, á quien Gondebaut, rey de Borgoña, su hermano, tenia presa. Clotilde, princesa de un gran talento y de una rara belleza, habia hecho ya con feliz resultado sus brillantes pruebas en materia de religion, y Dios, ántes de hacer de ella la mujer apóstol de la Francia, la habia hecho la mujer mártir de la verdadera fe en el seno de su propia familia. Esta familia, en medio de la cual vivia, era arriana fanática; sin embargo, no pudo atraer á la jóven Clotilde al arrianismo. Triunfando igualmente de todos los artificios de la seduccion de que la habian rodeado, y de todos los malos tratamientos que la hacian sufrir, supo guardar intacto el



precioso depósito de la fe de Nicea que su santa madre le había legado, y permaneció siempre católica fervorosa, venerada por el pueblo, y depositaria de la confianza y de las simpatías de los obispos.

Así fué que, cuando Clodoveo se casó con ella en Soissons, los galos concibieron grandes esperanzas de este matrimonio, y no se engañaron. En efecto, San Gregorio de Tours, historiador de aquellos grandes acontecimientos, nos la representa (Lib. II) en la corte de aquel rey pagano y rodeado de paganos y de herejes, manifestando unos conocimientos tan universales como sólidos sobre el Cristianismo y sobre las cuestiones decididas en el Concilio de Nicea, combatiendo las falsas divinidades de los unos y el arrianismo de los otros con la maestría de un gran apologista y la ciencia teológica de un padre de la Iglesia. Esto no era extraño en una época en que se tenía el cuidado de hacer que las mujeres estudiasen la religión profundamente, de tal modo, que se encontraban muchas tan instruidas en la teología católica como los hombres, y muchas veces más que ellos. «Si, decía ella con frecuencia á su regio esposo; yo os lo repetiré continuamente: los dioses que vos adorais nada son; ellos no pueden ayudarse á sí mismos, y mucho ménos á los demas, porque no son otra cosa que un poco de madera, de piedra ó de metal. Aquellos cuyos nombres se les dió no eran más que hombres, y hombres criminales. Es necesario adorar más bien al Criador del universo, que formó con sus manos al hombre, y sometió á Él todas las criaturas.»

Clodoveo había cobrado á Clotilde un grande afecto por la belleza de su alma, que realizaba la de su cuerpo; pero al mismo tiempo que la amaba como á su esposa, la respetaba como si fuese su soberana, y la veneraba creyendo ver en ella algo de celestial, de sobrenatural y de divino, que no había visto en mujer alguna. Y era aquel ademan de tranquilidad, de nobleza, de grandeza y de independéncia que la mujer católica adquiere en la verdad de la fe, en la riqueza de sus esperanzas inmortales y en el sentimiento de su dignidad que el verdadero Cristianismo le inspira. Era el reflejo de la gracia santificante, verdadera luz del alma que ilumina la frente de la mujer católica, y da á sus formas, á sus gracias exteriores, una fuerza dominadora, cuyos efectos no pueden dejar de sentirse aún cuando no se conozca la causa, que impone aún á

la misma barbarie, y muchas veces desarma aún á la misma crueldad. Clodoveo, aquella naturaleza salvaje, aquel carácter indómito y obstinado en el paganismo, no deja por eso de sentir la verdad del Cristianismo que le predica su esposa; no deja de respetarlo y de admirarlo en ella, á pesar de que no tiene aún el valor de someterse á él. Así es que, habiendo dado á luz Clotilde un hijo, y queriendo bautizarle, no se opone á ello Clodoveo. Pero habiendo muerto este niño poco despues de haber recibido el bautismo, este golpe quebrantó mucho al supersticioso pagano en sus veleidades cristianas, y dijo á la Reina: «Si se le hubiera consagrado en nombre de mis dioses, no se hubiera muerto; pero habiendo sido bautizado en nombre del tuyo, no podia vivir.» Y la Reina le respondió: «Yo doy gracias á Dios porque no me ha juzgado digna de tener un hijo, que Él llamó á su reino, y por haber llevado al cielo las primicias de mis hijos que yo le habia ofrecido.» Poco tiempo despues tuvo ella otro hijo, á quien hizo bautizar igualmente, y á quien llamó Clodomiro; él cayó enfermo, y el Rey, alarmado, dijo entónces á su esposa: «¡Ah! Él morirá como su hermano, porque ha sido bautizado en nombre de vuestro Cristo.» Mas él sanó por las oraciones de su madre, y esto tranquilizó al Rey y le hizo avergonzarse de las reconvenções que habia dirigido á su santa esposa.

Sin embargo, Clodoveo no accedia aún á las vivas instancias que ésta le hacia para que abandonase los ídolos y reconociese al verdadero Dios. Esta conversion debia ser efecto de uno de esos prodigios por los que, como dice San Pablo, Dios, en su bondad, llama á Sí á los infieles, y este prodigio no faltó. Dirigiéndose contra los alemanes en Tolbiac, y no pudiendo su ejército sostenerse contra el ímpetu de los enemigos, tres veces más numerosos, comenzó á retroceder y á ponerse en desórden. Pero mientras que Clodoveo, como otro Josué, combatia con las armas á los enemigos del nuevo pueblo de Dios, Clotilde, como otro Moises, elevaba sus manos puras al cielo y combatia tambien por la misma causa con la eficacia de sus oraciones. Clodoveo estaba perdido, cuando recordándole el Dios de Clotilde un rayo de luz celestial, le dirigió con todo el fervor de su alma esta súplica: «Jesucristo, Vos, de quien Clotilde asegura que sois el *Hijo del Dios vivo*, si, como dicen, Vos concedis vuestro auxilio á los débiles y la victoria á los que esperan en



Vos, yo imploro vuestra asistencia. Si haceis que triunfe de mis enemigos, creeré en Vos y me haré bautizar en vuestro nombre.» Bella y sublime súplica, que nos manifiesta las ideas de Jesucristo que Clotilde había comunicado á su esposo, y el modo con que ella había dispuesto de su alma.

El Dios que ella le había revelado no era el Dios de Arrio, inferior á Dios, y que no era Dios ni aún por el nombre, sino que era el *Hijo del Dios vivo*, el Dios que otra mujer sublime, Santa Marta, había calificado con este nombre. (Joan., XII.) El Dios que Clotilde había predicado á Clodoveo era también el Dios misericordioso que socorre á los débiles, y el Dios poderoso que sostiene á los que esperan en Él. ¡Oh, cuán bello debió ser entonces á los ojos de los ángeles ver á una mujer predicando así el Hijo de Dios, á quien tantos hombres y aún obispos se obstinaban en negar! ¡Ver á una mujer predicando el verdadero Dios y su religion á un rey bárbaro, y haciendo que lo adorase y que lo amase!

Apénas ha acabado Clodoveo su oracion, cuando los alemanes, heridos por un poder invisible, deslumbrados por una vision algo semejante al *labarum* que apareció á Constantino, comienzan á retroceder, á volver la espalda, y acaban por entregarse. Clodoveo hace cesar el combate, reúne los dos pueblos, y vuelve triunfador glorioso de sus enemigos, y triunfador, todavía más glorioso, de sí mismo; porque fiel á su promesa, dice á su santa esposa: «Vedme aquí vencido; vedme aquí dispuesto á abrazar la religion cristiana.» Clotilde, fuera de sí de gozo al oír esta noticia, se postra y da gracias *al Rey inmortal de los siglos* por esta victoria, objeto de tantas oraciones y de tantas lágrimas, que la gracia acababa de alcanzar sobre el espíritu de Clodoveo; y al momento se apresuró á disponer todo lo necesario para su instruccion y su bautismo.

Ella escribió á San Remigio de Reims, el gran obispo, el gran doctor de las Galias, dándole cuenta de lo que acababa de suceder y suplicándole fuese cuanto antes á la corte. Mientras llega el santo prelado, suplica ella á un simple presbítero, San Vast, que comience á instruir al rey; porque se le hace tarde abrazar, en el objeto de su casto afecto, un hermano en la fe. Oyendo Clodoveo, durante esta instruccion, el relato de la pasion y muerte del Salvador, exclamó, encendido en una santa indignacion: «¿Por qué no estaba yo allí con mis francos para salvarle?» Estas palabras tan

cándidas fueron por su parte, sin que él se apercibiese de ello, un feliz augurio, una magnífica profecía; porque desde aquel momento la espada de los francos y de su jefe se obligó á la defensa, no del cuerpo sensible, sino del cuerpo místico de Jesucristo: la Iglesia.

San Remigio no era absolutamente desconocido de Clovis; sin haberle visto personalmente, le estimaba y le respetaba, ya por la reputacion inmensa de que gozaba, de ser el hombre más santo y más sabio de su siglo. En la primera invasion que Clodoveo hizo en las Gaulas se habían llevado los francos un vaso sagrado en el saqueo de una iglesia: San Remigio le mandó una diputacion para reclamarlo; la diputacion fué muy bien recibida, y el vaso sagrado fué devuelto. Desde entonces se había establecido una secreta simpatía entre el bárbaro y el hombre de la Iglesia, que un día debía bautizarle y regenerarle en la Iglesia. Así es que Clodoveo se llenó de gozo al ver llegar á su corte el personaje de quien la fama había publicado tan grandes cosas, y saliendo á recibirle y abrazándole, le dijo: «Santísimo Padre, hablad, yo os escucharé con mucho gusto; yo quiero ser cristiano, y lo seré; pero no es fácil persuadir á los míos que hagan otro tanto. Mis francos, hombres de armas, de una independencia audaz, y apegados á los dioses de sus padres, no dejan las supersticiones de su antigua patria.—Yo me encargo de eso, le respondió San Remigio; porque nada resiste al poder de la palabra de Dios.»

En efecto, colocándose San Remigio en medio del ejército, les dirigió una magnífica arenga en la lengua misma de las márgenes del Rin, que él hablaba con la misma facilidad que el latín y el griego, mientras que Santa Clotilde, que estaba allí de rodillas, atraía con sus oraciones sobre los esfuerzos del apóstol las bendiciones de lo alto. El momento era decisivo y supremo. Una gran potencia católica debía nacer de esta predicacion. San Remigio, dotado de una elocuencia prodigiosa, se mostraba grande siempre que hablaba en público, y esta vez, concediendo Dios un poder y un encanto maravilloso á sus palabras, estuvo sublime. Su discurso fué seguido de un prolongado grito de aprobacion que se dejó oír entre los soldados de Clodoveo, y por una aclamacion unánime, con la que, penetrados de la gracia divina y poseidos de un súbito entusiasmo, dijeron al rey: «Señor, nosotros abandonamos los



dioses mortales; nosotros no queremos adorar más que al Dios inmortal, que predica Remigio.» De este modo, lo que no se había visto jamás, todo un gran pueblo, con su jefe, se convirtió al Cristianismo en un solo día, y la gracia del sacerdocio de un hombre acabó lo que la piedad, el celo y las oraciones de una mujer habían comenzado.

§ XXXIV.—Continuación del mismo asunto.—Magnífica ceremonia del bautismo de Clodoveo y de los francos, y papel importante que en él desempeña Santa Clotilde.—Amirable carta del Papa á Clodoveo, felicitándole por su conversión.—Las esperanzas del Santo Pontífice realizadas.—Desde este momento la Francia se hace la hija de la Iglesia y consagra su espada para defenderla.—La nacionalidad francesa se forma entónces en la unidad de la fe.—Esfuerzos de Santa Clotilde y de San Remigio para reemplazar en la córte el elemento bárbaro con el elemento cristiano.—La hermana de Clodoveo abraza la virginidad.—La Francia lo debe todo á Santa Clotilde y al Catolicismo.

San Remigio se dedica, por consiguiente, á instruir á los hombres y Santa Clotilde á las mujeres; pero no bastando estos dos operarios para segar por sí solos el vasto campo que ellos habían sembrado y que la gracia celestial había fecundado, hicieron ir de todos los puntos de la Gaula obispos y sacerdotes en gran número, para que les ayudasen en aquella obra evangélica. La instrucción se hizo cuasi tan rápidamente como la conversión. No hay necesidad de disputar con los espíritus dóciles que quieren sinceramente creer, y el Evangelio nos atestigua que, durante la predicación del Señor, un guerrero había excedido á todo Israel en la prontitud y en la perfección de su fe. (Matth.) Estando ya bien dispuestos los nuevos catecúmenos, se fijó para regenerarlos por el bautismo el día de Navidad, y por nueva Belén la iglesia de San Martín, la tumba venerada de las Gaulas. Á fin de impresionar vivamente los ojos de aquellos hombres de hierro, que la gracia había convertido en humildes ovejas del Evangelio, San Remigio y Santa Clotilde desplegaron en la ceremonia todo el esplendor y todo el brillo de las pompas del culto cristiano.

La iglesia estaba extramuros de la ciudad y á ella se dirigieron en procesión. Todas las notabilidades cristianas de la antigua Gaula

abrían la marcha; un clero numeroso las seguía; los obispos y presbíteros estaban vestidos con toda la magnificencia de sus ornamentos de iglesia. Despues iba San Remigio, llevando al Rey de la mano; despues Santa Clotilde entre dos princesas hermanas del Rey; despues más de tres mil guerreros de su ejército, la mayor parte oficiales, que su ejemplo había convertido á Jesucristo; á éstos seguían muchos millares de mujeres y de niños: todos ellos iban vestidos de catecúmenos; y finalmente, una multitud inmensa de cristianos, que deseaban ser testigos de la grande alianza que se iba á estipular entre los francos y los galos, en la unidad de la fe, por las manos de la religion. Se cantaban himnos y letanías; las calles estaban cubiertas de flores; las paredes estaban adornadas con ricas colgaduras desde la casa del Rey hasta la iglesia; perfumes orientales, quemados en incensarios griegos, esparcían á lo léjos los más suaves olores, y el humo se elevaba en medio de tapiçerías de oro y de seda. La felicidad reinaba en todos los corazones; lágrimas de gozo corrían de los ojos de todos; aclamaciones alegres salían de todas las bocas. Jamas se había visto un espectáculo más magnífico ni más tierno. Conmovidó y admirado Clodoveo de aquella pompa cristiana, exclamó: «Remigio, ¿es éste acaso el cielo que nos has prometido?—No, hijo mio, le respondió el gran obispo; esto no es más que el principio del camino para llegar á él.» Estas palabras redoblaron el santo entusiasmo de los francos. El bautisterio era una gran pila de agua pura y bendita, y estaba colocado bajo el atrio del pórtico. Clodoveo, seguido de sus hermanas y de los jefes principales de su ejército, se acercó á él y pidió ser bautizado. Entónces San Remigio, revestido con los ornamentos pontificales, extendiendo la manó sobre su cabeza, le dijo con una voz sonora: «Sicambro, inclina el cuello bajo el yugo del Señor, adora lo que hasta aquí has quemado, y quema todo lo que hasta aquí has adorado.» «¡Graves y terribles palabras, dice M. Capefigo, que anunciaban el tránsito de una civilizaci6n á otra!» San Remigio hizo en seguida confesar á Clodoveo la fe en la Santísima Trinidad, le bautizó y le puso en la frente el sagrado crisma, origen de la fortaleza del cristiano. De las dos hermanas del Rey, la una, llamada Matilde, era arriana, y la otra, llamada Albofreda, era pagana. San Remigio reconcili6 á aquélla con la Iglesia por medio de la santa unci6n y regener6 á ésta por medio del bautismo.